

alemán y hubiese estudiado un gran Bachillerato sabría muchas cosas, pero la verdad es que no sé nada. Nada. Yo tengo que meditar las cosas por lo menos dos o tres meses, y eso para escribir un artículo. Yo creo que la primera condición para escribir es tener en la cabeza algo que decir. No creo en todo eso de la inspiración ni en sentarse a una mesa esperando que llegue, ni en nada de eso. Yo sólo creo en la meditación y en la disciplina.

Yo he trabajado de viejo, que es cuando se debe trabajar. No de joven. De joven no se debe hacer nada. Periodismo actual, nada. Mire, ahora hubiera querido hacer un artículo sobre ese dictador siniestro que tuvo la Argentina, ese sinvergüenza, pero no me he decidido. En una palabra, no me interesan los ladrones. ¿Es que no se da cuenta de lo que intelectualmente es España? Nunca ha habido nadie que haya pensado nada, que haya sido nada... ¿Es que no se da cuenta? No valen nada la inmensa mayoría de las novelas de Balzac. ¿Qué quiere? Hay cosas de Pirandello que son colosales y otras que no valen nada, etcétera. Esta es la falsa teoría sobre Picasso, por ejemplo. Hoy se piensa que un cuadro de Picasso es siempre bueno, y eso es falso. Siempre se ha comprado la firma. Ha habido muy poca gente que haya comprado un cuadro porque le gustara... Precisamente tengo aquí unos papeles sobre Picasso... Ocho o nueve cuartillas, con esta letra...

Cuatro, cinco, seis, siete, ocho, ocho y media. Con esto podría hacerse un «homenot», pero yo sólo he hecho «homenots» de gente catalana. Y creo que Picasso no es catalán, no lo ha sido nunca, y que es pura y simplemente un gitano.

Pero todas estas cosas me gustan poco, ¿sabe? Gitanos, negros, y todas esas historias.

El escritor nunca trabaja exactamente para ganarse la vida. Si tiene un mínimo de lectores y un mínimo de administración, el hombre va tirando con lo que escribe. Pero esto es muy raro. Por lo tanto, yo creo que todo escritor debería tener además un oficio. Siempre he leído mucho. Es lo que hago. Me interesan mucho los libros de Historia. Mire, por otra parte, yo creo que en toda la historia de la literatura hay ciento cincuenta libros que vale la pena leer. Una vez los has leído, ya no queda nada. Libros divertidos, se entiende, porque la primera cualidad que debe tener la literatura es la de divertir. Que sea amena en una palabra. Todo lo complicada que usted quiera, pero que sea amena. No se vaya usted a creer que todo lo que yo he escrito es simple. A veces es bastante complicado. A veces... ■

«Saturday night fever»

LA NOCHE EN QUE LOS NEGROS REVENTARON

EMILIO LOPEZ MENDEZ

NO es fácil ser negro en Gran Bretaña y menos aún ser negro y pobre; y Brixton, a donde llegaron (¿o más bien habría que decir concentraron?) en los años 50 los primeros inmigrantes procedentes del Caribe, los west indians, es un barrio pobre, con viejas casas victorianas de raído tejado negro y negros cubos de basura a la puerta, y con pobres blancos y de color en el que 3 de cada 4 son negros. Algunos se acordaban del 2 de abril del año pasado en Bristol, cuando la policía asaltó un club ligado a la comunidad de color de Saint Paul, el «Black & White», y trató de detener a varios jóvenes negros, y esa noche ardió Bristol y los negros levantaron de sus cómodos asientos a los tranquilos ingleses y les recordaron dónde estaban.

Sábado, domingo, 11 y 12 de abril, el barrio de Brixton, al sur de Londres cruzando el río, arde por los cuatro costados durante dos días y dos noches de inusitada violencia: coches, rojos autobuses del London Transport y furgonetas azules y blancas de

la policía se consumen en llamas junto a tiendas, pubs y edificios enteros, una enorme pira purificadora de un odio y un resentimiento cuidadosamente alimentados por meses, incluso años, de marginación, sospecha, vigilancia, amenaza, burla. Y la explosión no es más que algo inevitable y esperado pacientemente. Ted Knight, miembro del Consejo del Barrio de Lambeth, al que pertenece Brixton, izquierda laborista, «la presencia de la policía en el área en los últimos días se podría muy bien comparar a un ejército de ocupación».

Faltaba la cerilla. La noche del viernes es la puerta abierta: una pelea sin mayores problemas, la policía que detiene a un joven negro lastimado en la misma y lo interroga dentro de una furgoneta, sus compañeros apedrean a la policía y liberan al detenido.

El sábado por la mañana el barrio parecía invadido por coches de policía, lentas furgonetas de machacona luz lila y bobbies venidos de otras áreas de Londres. La calle del incidente del viernes, Railton Road, estaba siendo recorrida de arriba abajo por Rovers



Un grupo de jóvenes vuelca un coche de la policía durante los disturbios raciales del barrio londinense de Brixton.

blancos cargados de impacientes policías ante los ojos de grupos de jóvenes negros agrupados en las esquinas. Un día de calor inesperado hacía con la tensión del ambiente difícil la respiración.

Las 4,45, la chispa: dos detectives de paisano detienen a un joven negro a las puertas de un supermercado en Atlantic Road, muy cerca del metro de Brixton, uno exclama «la cagaste» y golpea al chico en la boca del estómago (Maureen Boyle, testigo presencial, «el muchacho no hacía nada») antes de meterlo en una furgoneta azulmarino centelleante y de escandaloso uá-uá que comienza a recibir los impactos de los primeros ladrillos y piedras. Empiezan los enfrentamientos. Revientan en fuego rudimentarios cócteles Molotov y bombas de gasolina hechas con vacías botellas de leche. Algunos grupos saquean una joyería y una tienda de ropa de hombre (Michael Leigh, propietario «había muchas caras raras en el barrio el sábado. Yo creo que la extrema izquierda fue la que empujó a los negros»). Sólo quedan negros escom-

brós y cenizas del pub Windsor Castle. En medio de la calle yacen destripadas varias máquinas tragaperras (destino de los últimos peniques de los negros), una sinfonola y un «flipper».

Domingo por la mañana. La policía ha acordonado la zona en un radio de 10 millas y nos impide el paso, el metro está cerrado y los autobuses no circulan. No obstante, desde aquí se pueden ver las negras humaredas que suben sin prisa pero sin pausa así como escuchar el persistente aullar de las sirenas de los coches de la policía, de los bomberos y las ambulancias. También comienza la fiebre de las ruedas de prensa, todo el mundo tiene algo que decir; Scotland Yard informa que una mujer blanca de unos 25 años «que pidió no se diese su nombre», fue violada durante los disturbios del sábado (...) un joven negro, como de diecisiete, entró en mi piso. Yo intenté cerrar la puerta pero él me empujó y se abrió camino hacia mí. Arrancó el cordón del teléfono. Luego me empujó hacia el comedor y procedió a violarme». Otro portavoz de Scotland Yard añadió que

esa misma noche otra joven blanca había sido violada por su novio negro después de una discusión en una fiesta, aunque «este incidente está totalmente desconectado con los disturbios». A una pregunta, la anónima-desconsolada-de-unos 25 años finalizó su relato «no lo había visto antes. Por la pinta que tenía, había participado en los disturbios. La mayoría de los que estuvieron quemando casas se cubrían con largas bufandas, y éste llevaba una de esas».

Al día siguiente, el Parlamento se llenaba de rosarios de frases ingeniosas, advertencias dedo en alto y mutuas acusaciones. En la derecha racista, Enoch Powell decía en pleno espasmo de profeta cita-biblicas «esto no es más que el principio, el aviso de lo que va a venir». Y la señora Thatcher masticaba pausadamente sus palabras «nada pero nada, puede justificar la violencia sucedida en Brixton (...) en los años 30 había mayor paro que ahora, y no por eso sucedían disturbios raciales de esta violencia».

Todavía el lunes olía a quemado en Brixton. ■ E. L. M.